

gióse, en suma, a quien estaba en la cumbre del Estado español, y, por cierto, legitimamente, como evidenció en el discurso inaugural del curso académico de 1856, que, con ser breve, asemeja al zarpazo del león, arrancando del Derecho y de la vida profundas enseñanzas, lógicamente trabadas y revestidas de períodos de fogosa oratoria.

Ahora bien: estas dos manifestaciones de actividad, muchas veces confundidas, en que sobresalieron algunos académicos, han ido motivando elecciones de los de mérito, y no es extraño que así fuese, pues la combinación de ambas orientaciones explica la indole peculiar de nuestra Corporación, equidistante de respetables senados científicos y de simpáticas asociaciones escolares juveniles, o, mejor dicho, resultante de la actuación compleja de tan diversos factores, en distintas ponderaciones, que ha producido una realidad más humana que la de organismos que ofrecen, en cambio, las ventajas de mayor uniformidad.

Si en 1808 no se hubiesen completado la autoridad moral y energía del Catedrático de Alcalá y Presidente, Dr. Lumbreras, con el entusiasmo de los estudiantes de aquella Universidad y de la no menos famosa de Valladolid, acaso no se registraría la solemne protesta del Derecho ante el Rey intruso, que abriga nuestros libros de actas y expresa un concepto intangible de la independencia nacional, a cuyo criterio tributamos homenaje cuando lo admiramos en pueblos igualmente heroicos.

Mucho después, en 1867, fué sometida la Academia de la época del ilustre D. Cándido Nocedal a una dictadura científico-gubernativa que contrastó con el criterio de ilimitada tolerancia que a la misma aplicara, en tiempos del Santo Oficio, el inquisidor Arce, impidiéndose que perdurase aquella inusitada opresión merced a la acción de una animosa juventud dirigida por Martín de Herrera, cuya categoría le permitía ser, al poco tiempo, Ministro de la Revolución septembrina, y por aquel profesor sabio y bueno que se llamó Moreno Nieto.

Es decir, la imagen más completa posible del horizonte científico, con sus auroras y sus ocasos y con crepúsculos muy matizados.

A fin de que en todas las esferas corporativas prosiguiese nuestra historia sin solución de continuidad, habéis incorporado últimamente a la clase de académicos de mérito una candidatura de indole personal modesta, aunque de significación representativa, que comprendo de la siguiente manera.